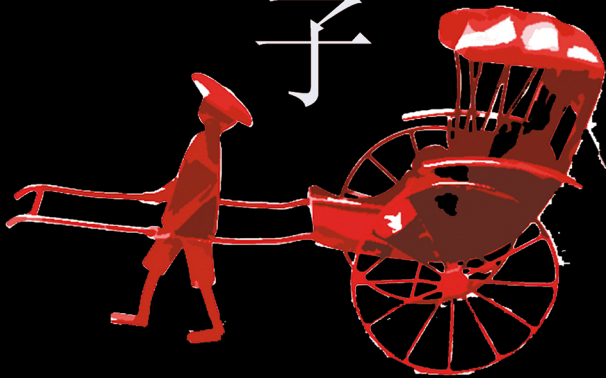


LAO SHE

La verdadera historia del Camello Xiangzi

骆驼祥子



La verdadera historia del Camello Xiangzi

COLECCIÓN
LITERADURA

Lao She

La verdadera historia
del Camello Xiangzi

Traducción de Manuel Lacruz y Tan Hui

Ilustraciones de Xin Yuan
Introducción de Sergio Cuesta



Primera edición: octubre de 2014

Título original: 骆驼祥子 (*Luòtuo Xiángzi*)

© Shi Ji (Lao She Estate), 2014

© de la traducción: Manuel Lacruz, 2014

© de la traducción: Tan Hui, 2014

© de la introducción: Sergio Cuesta, 2014

© de los dibujos interiores: Xin Yuan, 2014

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014

c/ Flamenco, 26 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-943026-3-3

Dep. Legal: M-29888-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Luòtuo Xiángzi*, © Xin Yuan, 2014

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Antes de leer la historia
del Camello Xiangzi

LA VERDADERA HISTORIA DEL CAMELLO XIANGZI es uno de los buques insignia de la literatura china. Publicada antes de la Revolución comunista (se escribe entre 1936 y 1937), su autor, Lao She, se convertirá, tras la llegada del comunismo, en uno de los escritores de referencia del régimen, por lo que durante décadas el libro gozará de una difusión privilegiada. El trasfondo internacional de este escritor, que había residido seis años en Londres, hace que la obra conozca también muy pronto diversas traducciones y que cruce fronteras con facilidad. Sin embargo, no creo que su relevancia radique en el favor del azar o la coyuntura histórica, aunque la convirtieran, ciertamente, en una pieza clave de la literatura de su país, o incluso conocida más allá de sus fronteras, sino en su condición de «universal», que la sitúa, a mi modo de

ver, al lado de novelas como *El asno de oro*, de Apuleyo (la primera novela que se conoce), *El Lazarillo de Tormes* o *La familia de Pascual Duarte*.

Más adelante me referiré a las posibles comparaciones que se pueden establecer con esas y otras obras. Pero, desde ya, hay que subrayar los elementos esenciales de la novela, y que son: el humor, el amor, la reflexión sobre el destino y sobre la capacidad del hombre para cambiarlo, la movilidad social, la muerte, la fortuna (eso significa en castellano «Xiangzi», afortunado) y su contrario, es decir, el infortunio. Se trata de temas universales por definición, que están en la literatura desde los clásicos griegos y que, de una forma o de otra, se dan cita en la mayoría de las grandes novelas que se han escrito desde entonces. Por eso creo que se puede calificar *El Camello Xiangzi*, sin temor a equivocarme, como una obra grande de la literatura universal, por encima de su adscripción a un determinado país y época.

Su autor, Lao She, nació y murió en Pekín (1899-1966), y se le considera uno de los grandes escritores de la literatura china. Pese a proceder de un medio humilde, logró ir a la escuela gracias a distintas becas y subvenciones. Muy joven, con solo 19 años, obtiene una plaza de maestro y dirige en uno de sus primeros puestos una escuela primaria. Se hace cristiano en una iglesia protestante de Pekín, donde aprende inglés tras su jornada laboral. Esta inquietud le permite, en

el período 1924-1929, trabajar en Londres en la prestigiosa SOAS (School of Oriental and African Studies) como profesor de chino. En la capital británica escribe sus primeras obras. Vuelve a China en 1930, donde sigue dando clases en varias universidades y escribe, en 1936, *El Camello Xiangzi*, que se publicará primero por entregas en una revista y no se editará como libro hasta 1939. En la misma época escribe alguna obra satírica (*La ciudad de los gatos*) y otras novelas.

Se suele fijar en torno a esta fecha (1937), que es la de la invasión japonesa de China, el tránsito temático en las obras de Lao She, de aquellas más universalistas y «humanistas», como sería el caso de *El Camello Xiangzi*, a una literatura comprometida. Ese compromiso del autor es doble: de un lado, se involucra en la lucha contra la ocupación nipona, que aparece por ejemplo en su novela *Cuatro generaciones bajo un mismo techo*; de otro lado, se compromete con la alternativa comunista. Durante la Guerra Civil, que vuelve a estallar en China entre el Kuomintang y el Partido Comunista tras la retirada japonesa y el fin de la Segunda Guerra Mundial, Lao She se traslada como profesor a Estados Unidos. Sin embargo, acabada la guerra con la victoria de Mao en 1949, Lao She pertenece al grupo de intelectuales y artistas a los que el nuevo régimen extiende una invitación para regresar inmediatamente a la madre patria. Lao She es muy bien recibido por el *establishment* político, y gracias a este

favor del nuevo régimen se le conceden diferentes puestos públicos de relevancia en el mundo de la cultura.

El final de su vida, sin embargo, está inmerso en cierto misterio y asociado a la Revolución Cultural maoísta de 1966. En ese año se inició, con el nombre de Revolución Cultural, una purga interna del Partido Comunista en el que el ala más radical y de izquierdas se impuso, dirigida por Mao y la «Banda de los Cuatro», a otros líderes más moderados. El brazo armado de esta purga fue la Guardia Roja, formada en su mayoría por jóvenes exaltados. Lao She fue uno de los intelectuales juzgados por ser «pro-capitalistas» en el marco de esta revolución dentro de la revolución. Fue detenido el 23 de agosto de 1966, y, según la versión oficial, tras dejarle en libertad se suicidó al día siguiente, arrojándose a un lago en Taiping, en las proximidades de Pekín. Sin embargo, no son pocos quienes afirman que Lao She fue una víctima más de la Revolución Cultural y que murió apaleado en las inmediaciones de su lugar de detención. En cualquier caso, este final trágico y prematuro, digno a su vez de una de sus novelas, no puso fin a su celebridad dentro y fuera de China.

El Camello Xiangzi, seguramente su obra más conocida, narra la historia de un joven tirador de *rickshaw*, «el afortunado», que desea mejorar sus condiciones de vida en el Pekín de los años 30. Como en otras obras de Lao She, los diálogos están cuajados de coloquialismos y palabras procedentes del

dialecto pequinés. La traducción, muy lograda en esta edición, presenta un desafío doble. De una parte, la dificultad que siempre entraña traducir del chino, un idioma donde hay pocos nexos entre palabras y en el que hallamos una ambigüedad en el significado y la conexión de las frases que, al ser vertidas a las lenguas de origen indoeuropeo, y especialmente a las latinas, ha de suplir el traductor, a veces modulando o interpretando parte del relato. De otro lado, el hecho de que se trate de una novela picaresca, con giros muy familiares y variedades dialectales propias del habla popular del Pekín de comienzos del pasado siglo plantea la cuestión de cómo traducir ese idiolecto. Esta edición lo resuelve con maestría, sin caer en el costumbrismo exagerado de otras traducciones. Por añadidura, el lector tiene el privilegio de tener entre sus manos una traducción directa del chino, mientras que muchas de las traducciones de este libro a otras lenguas europeas se han hecho desde una versión inglesa hecha en EE. UU. en el año 1945, lo que les resta frescura y autenticidad.

Más allá de la belleza formal, de sus giros idiomáticos, ¿qué aporta al lector *El Camello Xiangzi*? Intentaré destacar algunos rasgos sin incurrir en demasiados *spoilers*. La historia es la de un joven tirador de *rickshaw* que inicia sus andanzas con la firme voluntad de ahorrar lo suficiente para adquirir su propio vehículo, en lugar de trabajar para otros o de alquilarlo. A Xiangzi le van ocurriendo una serie

de aventuras y desventuras, y es la víctima de varias situaciones injustas por culpa de la dureza de la sociedad de su tiempo. En este enfrentamiento con las circunstancias, y en las notas de humor (negro) con que a veces se describen, la obra se asemeja a la mejor literatura picaresca española: *El Lazarillo de Tormes* o *Historia de la vida del Buscón, llamado Don Pablos*, de Quevedo. Por la dureza de las condiciones de vida, y por la amargura de alguna de las situaciones que le toca afrontar al protagonista, *El Camello Xiangzi* también ha sido comparada a *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela.

La novela contiene también algunas alusiones políticas: refleja la inseguridad que se vive en el Pekín de la época, el ambiente de delaciones, los movimientos subversivos, especialmente en el seno de determinados grupos (como el profesorado, que el propio Lao She, desde sus puestos docentes, debió conocer muy de cerca)... Pero esta novela, como adelanté al principio, va más allá del reflejo de su época y es decididamente universal. La lucha por la supervivencia, las aventuras y desventuras aquí citadas, están presentes en el corazón de la gran novela; ya en *El asno de oro*, también llamada *Las metamorfosis*, que Apuleyo retoma, probablemente, de un autor griego desconocido anterior a su tiempo (s. II d. de C.). Las figuras del destino y la superación son elementos clásicos de la literatura, desde el teatro de Sófocles

o Eurípides hasta las novelas de Defoe, que se encuentran también en *El Camello Xiangzi*.

Me cuesta pensar que un lector curioso, no ya por la literatura, sino por la vida, quede defraudado por la lectura de estas páginas. Como decía Terencio, «soy una persona, y por tanto nada de lo humano me es ajeno». Los pensamientos de Xiangzi, sus anhelos, sus temores, sus buenos y malos momentos, que Lao She brinda al lector con maestría, como si fuera alguien a quien conocemos muy de cerca, no podrán dejar indiferente a nadie.

SERGIO CUESTA, diplomático
Luxemburgo, agosto de 2014

La verdadera historia del Camello Xiangzi

XIANGZI, AL CUAL PRONTO vamos a conocer, no tiene nada que recuerde a un camello. «El Camello» no es más que un mote. Empecemos, pues, por presentar a Xiangzi, el tirador de rickshaws, evocando su aventura junto a otros tiradores también de rickshaws que le dieron este apodo.

Existen en Pekín varias categorías de tiradores de rickshaws; todo depende de la edad de cada uno de ellos y de la calidad de sus vehículos.

Los que son jóvenes y fuertes y tienen las piernas ligeras intentan transportar rickshaws elegantes. Empiezan y terminan su jornada de trabajo a la hora que ellos mismos deciden. Se apostan siempre en el mismo lugar con su vehículo, esperando la afluencia de clientes ricos que soliciten carreras rápidas. Con un poco de suerte ganan de una sola tacada un

par de yuanes. Suele suceder, también, que tengan que pasar todo el día sin ganar nada con lo que poder pagar el alquiler del rickshaw, pero eso les trae sin cuidado. Estas personas aspiran, en general, a dos cosas: a poder trabajar como tiradores por cuenta de un particular y, sobre todo, a poder ser dueños de su propio rickshaw. Cuando consiguen tenerlo, es cuando realmente ya no dependen de nadie.

Los tiradores de rickshaw un poco más viejos forman parte de otra categoría, al tener una salud más precaria o una familia a la que mantener; por esta razón no se pueden permitir el lujo de perder el trabajo ni de una sola jornada. Es por eso que la mayoría se contenta con alquilar un rickshaw en peor estado. Sin embargo, cuando todavía gozan de cierta prestancia se muestran bastante seguros a la hora de regatear el precio de las carreras.

En esta misma clase de tiradores encontramos a los que trabajan de sol a sol. Otros solamente lo hacen a tiempo parcial y prefieren, en general, trabajar de noche o, más exactamente, desde las cuatro de la tarde hasta el día siguiente, tanto en invierno como en verano. Naturalmente, portear en la oscuridad de la noche requiere mayor atención y destreza y, además, resulta mucho más rentable.

Los que tienen más de cuarenta años y menos de veinte quedan fuera de estas dos categorías que acabamos de describir. Con un rickshaw en mal estado y careciendo de la

valentía que se requiere para trabajar por la noche, se ven obligados a comenzar la jornada muy temprano. Desde la salida del sol hasta las tres o las cuatro de la tarde, se esfuerzan para amortizar el coste del alquiler del vehículo y, sobre todo, para ganarse el jornal que les permita conseguir el bol de arroz diario. Un vehículo deteriorado o una velocidad inapropiada al portear son verdaderos inconvenientes que les impiden ser muy exigentes a la hora de pedir más dinero por una carrera. Esto les obliga a aceptar portear cualquier cosa, y se les suele ver de acá para allá en los mercados, trajinando mercancías de toda clase.

Debe hacerse aquí una precisión: los menores de veinte años —hay algunos que comienzan a trabajar a partir de los doce— no suelen ser buenos tiradores cuando alcanzan esta edad. Y es que empezar a portear a tan temprana edad no favorece precisamente el crecimiento. Aun haciéndolo durante toda la vida, no conseguirán alcanzar nunca el envidiable aspecto de los que portean con la cabeza bien erguida. Respecto a los mayores de cuarenta, algunos ya acumulan más de diez años de experiencia como tiradores, y sus resentidos músculos les dejan por detrás de los demás tiradores; y, por otro lado, saben que tarde o temprano morirán de infarto sobre el asfalto. Mientras esperan la muerte, su estilo y su arte para negociar el precio de la carrera, y esa gracia que poseen cuando encuentran el recorrido más corto, evocan

todavía sus pasados tiempos de gloria. Sin embargo, pueden considerarse afortunados si se los compara con otros tiradores que tienen su misma edad pero son neófitos en la profesión. Estos nunca imaginaron que algún día llegarían a ser tiradores cuando empezaron a acarrear rickshaws: suelen ser obreros en paro, pequeños comerciantes que han perdido su negocio, agentes de policía retirados... Después de haber vendido todo y perdido más, enjugan sus lágrimas y se meten en este negocio de miseria y muerte. Es gente que ya ha aniquilado su juventud; sin fuerza, sin experiencia, sin amigos, encajan, a veces, los insultos de otros tiradores y tiran de un rickshaw cojitranco que apenas rueda con unos neumáticos que revientan varias veces al día. Así, se ven obligados a pedir perdón constantemente a sus clientes. Para ellos, quince pequeñas piezas de cobre por carrera son una buena ganancia.

Dependiendo de las circunstancias geográficas o de ciertos conocimientos, aun puede establecerse otra categoría de tiradores: son los que viven cerca del barrio de Xi-yuan-Haidian. Estos se las arreglan, especialmente, para portear desde la Colina del Oeste, Xi-shan, hasta Yan-Jing, o Qing-hua. Al mismo tiempo, los que se sitúan fuera de la puerta de Anding van voluntariamente hasta Qing-he o hasta Bei-yuan, al norte, y los que están fuera de la puerta de Yong-ting portean hasta Nan-yuan, al sur... Todos estos tiradores solamente

efectúan recorridos largos. Es mucho más gratificante ganar de una tacada un buen emolumento que ir recogiendo migajas por aquí y por allá. Aun así, ellos no pueden igualarse a los tiradores de Dong-Jiao-Min-Xiang, barrio célebre donde están situadas las legaciones extranjeras. A ellos les cabe el honor de llevar en un solo viaje a los clientes extranjeros de Dong-Jiao-Min-Xiang hasta la colina de Yu-Quan, o bien hasta el jardín Yi-he, o a Xi-shan, la Colina del Oeste. Claro es que tienen más resistencia, pero es que, además, disponen de otra ventaja que les permite monopolizar el privilegio de la fuerza: es el hecho de saber chapurrear idiomas, cosa de la que no pueden presumir los demás tiradores. Este pequeño conocimiento de algunas palabras en otras lenguas se convierte en un tesoro que no comparten jamás con ningún colega. Por otro lado, son los únicos que entienden la espantosa pronunciación de los soldados franceses o ingleses cuando mencionan los nombres de lugares tales como Wan-shou-shan, Yong-he-gong, Pa-da-hu-tong... Su particular manera de portear los distingue igualmente, pues sus pasos no son ni rápidos ni lentos, llevan la cabeza ligeramente inclinada, la mirada siempre fija y hacia delante, y su ritmo es bastante armonioso; portean, por lo común, lo más cerca posible del borde de la calzada, con una habilidad especial que les hace únicos. No llevan la misma camisa que los demás, sino una chaqueta blanca de largas mangas, y un pantalón unas veces

blanco y otras negro. Los bajos de ese pantalón están sujetos al tobillo por una cintilla. Calzan zapatos de tela con punta roma, que tienen una suela gruesa bien trenzada. El conjunto de este atuendo da una impresión de aseo, pulcritud y distinción. Ante este empaque y virtudes, los otros tiradores renuncian a disputarles los clientes y a rivalizar en velocidad con ellos, pues los consideran como ajenos a su propio círculo.

Gracias a este exhaustivo análisis preliminar, podemos situar a Xiangzi con la precisión empleada por un obrero que ajusta una tuerca de una máquina.

Xiangzi, antes de llevar el sobrenombre de «el Camello», era un tirador relativamente libre: pertenecía a la categoría de los jóvenes, poseía su rickshaw y su propia independencia: era, en definitiva, un tirador de la clase superior.

Y, sin embargo, llegar a esto no le había resultado nada fácil. Un año, dos años, y luego tres o cuatro más de trabajo y privaciones. Una gota de sudor, dos gotas, y luego centenares de miles de gotas de sudor; tanta lucha y tanto sufrimiento, bajo el sol y contra el viento, tanto escatimar comida y bebida para poder conseguir un rickshaw; era como la condecoración que recibe un soldado que ha luchado en cien batallas.

Debemos, con todo, echar un poco la vista atrás. En la época en la que tuvo que alquilar un rickshaw, Xiangzi tenía la impresión de ser como una peonza a la que se hace girar en

todas direcciones, de la mañana a la noche, al albur de muchas voluntades ajenas. Pero, aun dentro de ese torbellino, él no perdía pie. Siempre tenía en mente el vehículo inalcanzable y lejano que le traería la libertad y la independencia y que le sería tan querido como sus propias piernas o manos. Con un rickshaw como aquel con el que soñaba, ya no tendría que doblar más el espinazo ante los amos o los clientes. Con su fuerza y su propio rickshaw, sería un juego de niños para él asegurarse el sustento diario.



Xiangzi no tenía ningún miedo ante la realidad de tener que trabajar duramente; tampoco tenía los malos hábitos —por lo demás comprensibles— de los demás tiradores. Su inteligencia y perseverancia le permitirían cumplir su sueño. Si hubiese tenido al principio mejores condiciones de vida, tal vez se habría librado de ejercer este oficio, conocido como «la brigada del círculo de caucho». Pero no tuvo elección, y tuvo que hacerse tirador. Pero en este oficio también podría demostrar su capacidad e inteligencia. Aun viviendo en el infierno, habría sido un buen diablo. Habiendo nacido y crecido en el campo y habiendo perdido a sus padres muy pronto, y también sus pocas hectáreas de tierra, se fue a la ciudad a la edad de dieciocho años, con la robustez y la honestidad innata de un campesino, y probó todos los oficios que no exigían más que fuerza física. No tardó mucho en comprender que el trabajo de tirador le permitiría ganar más dinero y, además, que también era una profesión variada y llena de sorpresas agradables; por ejemplo, cuando un cliente pagaba más de lo esperado. Él sabía que su suerte no dependería del azar. Pero para esto era necesario que el hombre fuera rápido, y el rickshaw, de buena calidad... El hombre, Xiangzi, reunía todas las condiciones para triunfar. La fuerza y la juventud le sobraban; aunque, sin experiencia, no se atrevía a manejar todavía un rickshaw de los elegantes. Confiaba, a pesar de todo, en sí mismo. Al ser tan robusto, no tardaría en adquirir

la técnica; le bastarían quince días. Una vez que lo hubiese conseguido, alquilaría un rickshaw nuevo y trabajaría por cuenta de un particular. Y luego, tras uno o dos años —tal vez fueran tres o cuatro— de penurias, conseguiría su propio rickshaw, ¡el más bonito de todos! Mirando sus jóvenes músculos, Xiangzi se decía que esto no era un sueño, que podría realizarlo; todo era cuestión de tiempo.

Y es que él era precoz respecto a otros tiradores de su misma edad. Apenas cumplidos los veinte años era ya tan alto y fuerte como un adulto, aunque sus extremidades no hubieran adquirido su forma definitiva y su aspecto fuese todavía un tanto infantil y diríase que un punto travieso. Para parecerse a un tirador de primera, antes de lanzarse al oficio, pensó en cómo estrechase la cintura y así poder adoptar aquellas maneras que le permitieran destacar su busto erguido y su ancho pecho. Xiangzi inclinaba la cabeza para admirar sus hombros: ¡qué anchos y recios eran! Con esta cinturilla, se puso un pantalón largo de tela blanca atado por debajo con una delgada cuerda negra hecha con tripa de gallo trenzada. Esto hacía que sus pies parecieran más grandes y desmesurados... Sin duda, sería todo un tirador. Al pensarlo, se puso a reír solo, un poco tontamente.

Aunque Xiangzi era de aspecto más bien vulgar, llamaba la atención por la vivacidad de su rostro. Tenía la cabeza no muy grande, los ojos redondos, una nariz carnosa, dos cejas

cortas pero espesas, y un cráneo rapado y reluciente. Aun sin papada bajo la mandíbula, el cuello era casi tan grueso como su testa. Sus mejillas estaban siempre sonrojadas y, entre el pómulo y la oreja derecha, destacaba la marca brillante de una antigua cicatriz: de niño había sido mordido por un asno mientras dormía bajo un árbol. No cuidaba de su facha y tendía a tratar su rostro como cualquier otra parte del cuerpo. Le bastaba con ser fuerte y musculoso. Era aún capaz de mantenerse haciendo el pino sobre su cabeza durante largo tiempo. En esa postura, tenía la impresión de ser como un árbol, y disfrutaba sintiendo todas las partes del cuerpo en absoluta tensión. Verdaderamente se asemejaba a un árbol robusto y silencioso pero lleno de vida.

Xiangzi había pergeñado un plan que no podía contar a sus colegas. Entre los tiradores, los problemas de cada uno eran objeto de charla. En las esquinas de las calles, en las casas de té, en los patios, cada cual, intentando aportar material de cosecha propia, narraba su pequeña historia; esto hacía que todos aquellos chismes acabaran convirtiéndose en asuntos de dominio público y se difundieran transformados en canciones populares. Xiangzi era campesino y no tenía la facilidad de palabra que poseían las gentes de la ciudad. Pero es que, además, tampoco le interesaba el cotilleo. Su historia personal se la guardaba para sí. El tiempo que no perdía en habladurías podía dedicarlo a pensar, y así, su mirada era

siempre meditabunda. Estaba decidido: iría en busca de su destino libremente y, si se topaba con dificultades para alcanzarlo, guardaría silencio y apretaría los dientes, como hacía siempre que algo le oprimía el corazón.

Decidió ser tirador y en tirador se convirtió. Habiendo alquilado un rickshaw viejo y desvencijado, comenzó por ejercitar las piernas. El primer día, no consiguió gran cosa, pero la segunda jornada la cosa fue algo mejor. Sin embargo, tuvo que permanecer acostado los dos días siguientes; le resultaba imposible levantar las piernas, pues las tenía hinchadas como dos calabazas. Pero estoicamente aguantó el dolor: era el precio que debía pagar, como cualquier otro principiante. Una vez curadas las piernas, Xiangzi se atrevió por fin a correr. Era una sensación agradable. A partir de ese momento, ya no tendría miedo a nada.

Conocía los nombres de las calles de Pekín bastante bien, y algunas veces alargaba los trayectos, porque no era precisamente energía lo que a Xiangzi le faltaba. La técnica tampoco suponía para él una dificultad excesiva: empujar, tirar, levantar los varales del rickshaw y cargarlos sobre los hombros. Todo esto lo hacía metódicamente. Era suficiente con prestar atención y, sobre todo, no adelantar a ningún tirador para no tener conflictos. En cuanto a discutir el precio de una carrera o disputar los clientes a otros tiradores, como era un poco lento de palabra, pero de sangre

caliente, Xiangzi procuraba no rivalizar con los veteranos más marrulleros y eludía las paradas. Solía buscar los sitios tranquilos y apartados donde podía debatir tranquilamente el precio con la clientela. Algunas veces, incluso, no pedía nada y se contentaba con decir: «Suba, ya me dará usted lo que quiera». Tenía tal aspecto de hombre honesto y era tan simpático que la gente no podía sino confiar en él. Aun habiendo algunos desconfiados, estos siempre terminaban pensando que Xiangzi era un campesino recién llegado a la ciudad y que no se atrevería a pedir un precio demasiado alto. Cuando le decían: «¿Acaso conoces la calle?», él respondía con la sonrisa medio burlona del que todo lo sabe, y se quedaban perplejos.

Al cabo de dos o tres semanas, Xiangzi tenía ya las piernas entrenadas y encontró su propio estilo, que, ciertamente, era bastante vistoso. La forma de correr es el medio que un tirador tiene para demostrar que está cualificado. Los hay que tienen los pies planos y barren el suelo como si tuviesen dos grandes escobas con hojas de palmera en vez de pies. Estos son los novatos recién llegados del campo. Otros agachan la cabeza y hacen como si corrieran, aunque no van más rápido que un simple peatón: son los viejos de más de cincuenta años. Y otros, finalmente, son los tiradores experimentados que, desprovistos de fuerza, adoptan otro estilo: con la espalda inclinada, corren levantando mucho las piernas, y cada

paso va acompañado de un movimiento de cabeza. Esto causa una extraña sensación, aunque, en realidad, no corran muy deprisa. Tratan de salvaguardar la honra con su estampa y su estilo. Xiangzi no los imitaba; él, con sus largas piernas daba grandes zancadas y, con los riñones bien levantados, corría sin hacer ruido, sin mover los varales del rickshaw, de modo que el cliente que iba en su asiento tenía una sensación de comodidad y seguridad. Y luego, fuera cual fuese la velocidad que tomara, le bastaba con un par de pasos para frenar en seco. Con el busto inclinado hacia delante, agarraba con ambas manos y sin apretar demasiado el extremo de los brancales, y su fuerza parecía transmitirse a todas las partes del rickshaw. Movilidad, precisión, elegancia: estas son las palabras se pueden utilizar para definir el estilo ideal. Correr deprisa sin dar la sensación de ahogo, sin provocar en el pasajero ninguna aprensión, es una cualidad muy valiosa, incluso en los tiradores que trabajan por meses para los particulares.

Un día, Xiangzi quiso alquilar un rickshaw nuevo y, tras preguntar, se enteró de que un vehículo como el que buscaba —hecho de buen cobre repujado, con capota impermeable y cortinilla, magníficos muelles y dos lámparas de latón— costaría un poco más de cien monedas de plata. Pero si no se era muy exigente con la pintura y la calidad del cobre, cien monedas podían ser suficientes. Pensando en esto, se

llevó un susto al pensar que si ahorraba diez céntimos al día, necesitaría mil días para conseguir cien yuanes. ¡Mil días! No podía imaginarse cuánto tiempo representaba esto. Pero estaba decidido: tendría su propio rickshaw, aunque para ello precisara mil días, o diez mil... Primero, trabajaría para un particular por meses. Con un amo que recibiera a mucha gente y que celebrara una decena de banquetes al mes, conseguiría poco a poco dos o tres yuanes en propinas; y, ahorrando ochenta céntimos cada vez, sumaría en total entre dos y tres yuanes. Y añadiendo un yuan ocasionalmente sisado, eso daría al mes entre tres y cinco yuanes. En un año conseguiría aumentar su fortuna en cincuenta o sesenta yuanes. Xiangzi no fumaba, no bebía ni tampoco llevaba mala vida. Al carecer de malos hábitos y de preocupaciones familiares, no había ningún obstáculo en su camino para acabar consiguiendo lo que deseaba. Se juró a sí mismo que tendría su propio rickshaw en un año y medio, y también que este sería nuevo para estrenar; no quería uno destartado de segunda mano.

Se hizo contratar por particulares unos meses. Sin embargo, la realidad no siempre se ajustaba a lo que Xiangzi esperaba. Se esforzó al máximo, pero, transcurrido un año y medio, aún no podía alcanzar su sueño. A pesar de obtener contratos mensuales y trabajar de lo lindo, existía el riesgo constante de ser despedido. Algunas veces se quedaba

en una familia dos o tres meses; otras, solo una semana o diez días. Cada vez que le echaban, debía buscarse un nuevo amo y, entretanto, trabajar día a día en lo que se presentase. Era como montar dos caballos a la vez; pero no podía permitirse quedarse ocioso. A veces las cosas se torcían. Xiangzi se esforzaba, a pesar de todo, en trabajar concienzudamente, pues no olvidaba que se había prometido ahorrar algunas monedas cada día. Pero forzar la máquina era arriesgado, y no siempre podía concentrarse en su trabajo; y, además, si pensaba en ello, le daba miedo y se sentía muy disgustado... ¿Hacía todo lo posible por alcanzar su sueño? ¿Tendría algún día su propio rickshaw? ¿Por qué conseguir las cosas tenía que ser tan duro? Sus preocupaciones le hacían ser un poco despistado. No prestaba atención a los restos de metales o pedacitos de cristal que podían reventarle los neumáticos, pues su meta era acabar las jornadas como fuera. A menudo también tropezaba con los transeúntes. Una vez tuvo una caída a la salida de un cruce y perdió un embellecedor. Si hubiera trabajado para un particular, este tipo de cosas no le habrían sucedido. Dañar el rickshaw suponía tener que compensar con dinero al amo, así que la desesperación de Xiangzi crecía; de modo que, temeroso de cometer otras imprudencias, a veces se quedaba un día entero en la cama durmiendo. Pero, invariablemente, al día siguiente se levantaba, consumido por los remordimientos, pensando en el tiempo desperdiciado. Cuanto más

se impacientaba, más desordenada se volvía su vida. Acabó por enfermar; después de todo, su salud no era tan buena como pensaba. Y como no quería gastar en medicamentos, su enfermedad se agravó. Al final tuvo que comprar medicinas y quedarse varios días en la cama para poder curarse. Ante tantas dificultades, tuvo que apretar los dientes y esforzarse aún más si cabe. Pero las monedas no se ahorrraban tan deprisa como habría deseado.

Por fin, tres años más tarde, pudo reunir los cien yuanes.

Xiangzi estaba impaciente. Al principio, había pensado en la posibilidad de comprar un rickshaw «a la última», totalmente equipado; pero ahora no podía perder el tiempo, ¡y se las tendría que apañar solo con los cien yuanes! Un incidente cualquiera podría hacerle perder algunas monedas... Se enteró de que había un rickshaw recién terminado en un garaje, y que era más o menos lo que él buscaba. El vehículo costaba poco más de cien yuanes y, al parecer, quien lo había encargado había dejado una señal, pero después no había podido terminar de pagarlo. El fabricante aceptaba, entonces, venderlo a un precio más bajo. Con el rostro congestionado y las manos trémulas, Xiangzi sacó del bolsillo noventa y seis yuanes y dijo:

—¡Quiero este rickshaw!

El fabricante quería redondear la cifra haciendo valer muchos argumentos. Sacó el rickshaw del garaje y lo volvió a meter. Levantó la capota y la volvió a cerrar. Hizo sonar el

claxon de caucho. Cada uno de sus gestos iba acompañado de un cúmulo de rimbombantes elogios. Como colofón, dio dos patadas a los radios de acero de las ruedas.

—¡Escucha! Suena como una campana. Llévatelo. ¡Un solo radio que encuentres roto me lo tiras a la cara! Cien yuanes, ni uno menos, y es tuyo.

Xiangzi volvió a contar su dinero.

—Quiero este rickshaw. ¡Aquí tiene noventa y seis yuanes!

El fabricante, viendo que tenía enfrente a un hombre obcecado, después de mirar el dinero de Xiangzi, suspiró:

—Precio de amigo... El rickshaw es para ti. Garantía de seis meses. Si en ese tiempo rompes los mecanismos, te lo arreglo gratis... ¡Aquí tienes la garantía!

Xiangzi, temblando de emoción, cogió la hoja que le tendían. Casi lloraba cuando hubo llegado el momento de recoger el rickshaw. Se lo llevó a un sitio tranquilo y lo contempló desde todos los ángulos. Sobre uno de los lados laqueados, intentó ver si se reflejaba su imagen. Cuanto más observaba el vehículo, tanto más espléndido le parecía. Este rickshaw era completamente suyo. Aun habiendo algunos aspectos que no le satisfacían del todo, no le importaba. Tras admirarlo durante largo tiempo, se sentó en el estribo alfombrado, con los ojos fijos en el tubo brillante del claxon, junto al eje. Se acordó de pronto de que tenía veintidós años; sus

padres habían muerto cuando él era muy joven, y había olvidado la fecha de su nacimiento. Desde que había llegado a la ciudad, nunca lo había celebrado. Decidió que ese día, memorable donde los hubiera, sería a partir de entonces el de su cumpleaños. Era fácil de recordar. Doble aniversario, si cabe: el suyo propio y el de su rickshaw. Este vehículo había nacido de su sudor y sangre. Estaba justificado, pues, a su modo de ver, tratarlo como un ser vivo y celebrar su cumpleaños.

Pero ¿cómo festejarlo, cómo celebrar este doble aniversario? Xiangzi tuvo una idea: el primer cliente sería un hombre elegante, pues la ocasión lo requería. Sí, un hombre, y en absoluto una mujer. Y, a ser posible, su primer porteo sería hasta la puerta de Qian-men, y luego haría otro hasta el mercado de Dong-an. Una vez allí, se regalaría en un puesto de comida ambulante uno de esos fantásticos almuerzos que solían consistir en empanadillas rellenas de cordero asado... Tras esto, tal vez tendría tiempo de hacer uno o dos porteos más, si es que todavía se le presentaban ocasiones buenas; de lo contrario, daría por terminada la jornada. ¡Y es que el día del cumpleaños no es un día cualquiera...!

Desde que obtuvo su propio vehículo, fue creciendo en Xiangzi un interés por todo lo que llenaba su quehacer diario. Ya trabajara por cuenta de un particular por meses, o buscara clientes en la calle, lo hacía sin angustiarse por el alquiler: todo el dinero que ganaba se lo quedaba él. Con

esta sensación de placidez, trataba a los demás con amabilidad, y su negocio parecía ir viento en popa. Al cabo de seis meses, sus expectativas aumentaron. Un par de años más y ya estaría en condiciones de comprarse otro rickshaw, y después dos... y ¿por qué no acabar abriendo, con el tiempo, una agencia de alquiler?

Pero los sueños no suelen cumplirse, y así ocurriría también en el caso de Xiangzi.